



DIRECCION  
Plaza de Matute, núm. 2.

NÚMERO SUELTO, DOS CUARTOS  
EN TODA ESPAÑA

ADMINISTRACION  
Plaza de Matute, núm. 2.

## COSAS DEL DIA

Fecunda en acontecimientos de todas clases ha sido la última semana; pero antes de reseñarlos, debo manifestar que la libertad de imprenta ha quedado reducida á su mínima expresion.

Queda la libertad de copiar *La Gaceta* y la de publicar los periódicos en blanco. Queda tambien la libertad de decir lo que se quiera, exponiéndose el periódico á ser amonestado, multado y suprimido, á la primera, segunda y tercera falta que cometa respectivamente.

No tema el Sr. gobernador de la provincia que EL CASCABEL aproveche esta última libertad. Quédese tal conducta para los periódicos batalladores, que busquen hoy la palma del martirio, para obtener mañana una crecida indemnizacion. Se dan casos.

EL CASCABEL vá teniendo muy poco de periódico político, aunque se precia de cortés y bien educado, y no espera la advertencia, la multa ni la supresion. Conste, pues, que el Sr. Perfumo puede ahorrarse la lectura de este semanario y consagrar su actividad á más provechosas empresas, que buena falta hace un gobernador activo en la villa exoronada.

Deje, pues, de la mano EL CASCABEL, para que este pueda con más desembarazo darle un bombo.

Sí, señor: los *ganchos* han sido declarados cesantes por supresion y sin derecho á haber pasivo. Las casas de juego están cerradas; el ruido del dinero no excita ya la codicia de los transeuntes, ni los reflejos de iluminados salones atraen á los cándidos provincianos que han llegado á Madrid para admirar sus famosas fériás. La ruleta descansa; la baraja duerme; los paleteros meditan y los puntos pasean. En cuanto á las loterías de los cafés, tambien han cesado, y el que por sus ocupaciones ó caprichos tome á las altas horas de la noche una media tostada de abajo, no tendrá que escuchar la soñolienta canturia de un mozo, di-

ciendo con momentáneos intervalos: ¡el cuarenta y siete! ¡el veinte! ¡el noventa! ¡el setenta y tres! ¡el nueve! ¡juegan... cuarenta y dos!

Gracias, pues, al Sr. Perfumo, muchos estudiantes podrán matricularse, en vez de perder el importe del primer plazo en un tentador *elijan* ó un alevoso *mamarán*. Gracias al Sr. Perfumo, el jornal del sábado verá la clara luz del domingo, y la ambicion tendrá que encerrarse en el círculo de hierro del trabajo. Gracias tambien al citado señor, no se dará el caso de que se despierte la aficion á los *reyes*, ni de que las cucas quieran ser *sotas*, ni juegue nadie á la *oreja*, ni quiera ser *caballo*, el que, acudiendo á ser arruinado, demuestra no haber pasado de borrico.

La moralidad pública está de enhorabuena. Siga el señor gobernador velando por ella, y si los jugadores gritan, á la cárcel con ellos, que para algo de provecho ha de servir la suspension de las garantías.



Y ya que hablo de juego, no debo omitir que los cartagenos han jugado un nuevo albur. Para ello se han embarcado, dirigiéndose á Alicante, con la sana intencion de verificar un copo en la poblacion; pero ésta ha declarado que no la gusta el juego y se ha preparado para resistir á los tahures que emplean recursos de tan mala ley.

Las escuadras extranjeras han presenciado los preparativos del ataque, muy resueltas á sostener su neutralidad, y olvidándose de que por equivocacion, sin duda, apresaron y han retenido otros buques que los insurrectos les entregaron heroicamente en su primera expedicion marítima.

El motivo de la última no puede ser más cómico. Al ser preguntado el *almirante* Carreras por la causa de su agresion, contestó al comandante de la escuadra inglesa que Alicante se habia rebelado contra el canton murciano, y que él llevaba la mision de hacerla volver á la obediencia. El marino inglés replicó entonces que él necesitaba consultar á su Gobierno respecto á la conducta que debia seguir,

y como no podría tener contestación en menos de noventa y seis horas, les prohibía romper el fuego en dicho plazo. El héroe cartagenero estiró, pues, hasta noventa y seis el plazo de cuatro horas que para su rendición había marcado á la población asediada; y antes de que terminase, desapareció de aquellas aguas, despidiéndose á la francesa. Posteriormente se le ha visto rondar con su buque los puntos más cercanos de la costa, no sabemos si para pasear su gallardía ó para realizar sus amenazas. Sea todo por Dios, y no tome Este en cuenta al Sr. Carreras las muchas angustias que ha ocasionado al pacífico vecindario de Alicante, poco belicoso generalmente, y obligado ahora á reproducir la conducta que seguía en anteriores siglos, para rechazar los ataques de los piratas berberiscos.

Estos sucesos, poco alegres bajo el punto de vista del patriotismo, tienen, no obstante, un carácter semi-bufo, con el que se recrean inocentemente las naciones que, más afortunadas que España, ignoran todavía lo que es república federal, movimientos cantonales, Gobiernos que declaren piratas á sus buques, buques que llaman rebelde al Gobierno, generales que se sublevarán, oficiales que les siguen, tropas indisciplinadas y pueblo que todo lo sufre.

Pero no se limitan los cartageneros á realizar expediciones marítimas: durante los últimos días han hecho varias salidas para hostilizar á las tropas de Martínez Campos, regresando al cabo sin comerse el asador, como los gatos de la fábula.

Dentro de los muros se consagran á la fabricación, habiendo utilizado los conocimientos industriales y artísticos de algunos de los bienaventurados que sufrieron persecución por la justicia y no fueron al reino de los cielos sino á un presidio. Estos industriales han dado forma á la plata de que se incautó el gobierno cantonal, ofreciendo sus monedas la particularidad de que son de mejor ley que la legal, hasta el extremo de tener cada duro 22 rs. de plata.

Sin las minas argentíferas de Cartagena, hubiera sido imposible de realizar semejante milagro.



En tanto que esto sucede, Roque Bárcia sigue soñando. Oyeme, pueblo, esclamará con voz que el sueño hace lúgubre.

Tú estabas en el caos y yo fui la luz.

Tú eras un niño y yo te hice hombre.

Tú buscabas la libertad y yo te di más: te di la licencia.

Escucha, atiende, espera, medita, reflexiona, observa y juzga.

Tú eras el brazo robusto é inactivo: yo la mente organizadora y sublime.

Porque yo soy sublime.

Yo soy el héroe.

Yo soy la encarnación de la democracia.

El génesis de la libertad.

Arrodillate, Castelar, tiembla Gobierno centralista: padece, agentes de la reacción, sectarios del oscurantismo, cuerpos sin alma, corazones sin arterias, inteligencias nubladas, defensores del absurdo, inquisidores del pensamiento y verdugos de la razón.

Pero, no, ángeles ofuscados: yo os bendigo, yo os venero, yo os ofrezco paz en los labios y amor en el pecho. Cesad en vuestros errores, quitaos las cruces y bandas y ceñid la áspera cuerda, haced una cruz en la frente, colocad mis retratos en los altares, rezad, rezad siempre y os salvaréis.

De otra manera, Cartagena caerá sobre Madrid; la Babel maldita sucumbirá y sus restos servirán para que los niños de las generaciones futuras jueguen al escondite.

Este y otros soliloquios de Roque Bárcia suelen ser turbados á lo mejor por el ruido de algunos disparos... Es que los cantonales predicán á balazos la fraternidad.



El miércoles último fué día de fiesta en el cuartel de Artillería.

Presentábanse en él los antiguos oficiales del arma, vueltos al servicio, mediante la reorganización del cuerpo, y las músicas saludaban su regreso y las tropas les saludaban con respetuoso cariño.

El Gobierno republicano ha hecho lo que sus predecesores no habían querido: ha reparado una gran injusticia. Ya no se dará el caso de que la artillería dispare, y destroce á las tropas que la acompañan; ya no se dará el caso de consumir contra una plaza 300 bombas, sin más resultado que destrozarse unos árboles inofensivos.

¿Qué dirá á todo esto el marqués de Mendigorria, el nunca bastante elogiado general Córdoba, que se propuso acabar con el ejército y se dió tan buena maña, que estuvo á punto de conseguirlo?



La insurrección carlista debe estar acabando.

Me fundo para decir esto, en que no hace aun quince días que el Presidente del Poder ejecutivo manifestaba que había 40.000 hombres en armas, y según los despachos oficiales de la *Gaceta*, hoy se reduce el movimiento á alguna partidilla de seis hombres, castigada por la Guardia civil, al tiroteo de cuatro absolutistas con una columna, y á la presentación de alguna nueva facción compuesta del sacristán y los monaguillos de un pueblo de 20 vecinos.



Las ferias están muy animadas.

En uno de los puestos de Atocha hemos visto en un montón la consecuencia política de los federales y una multitud de derechos individuales inservibles...

También se ve tirada por los suelos una capa vieja: la de la legalidad.

## EN UNA ESCUELA. (1)

LA VIUDA.—Mucho me gustan estas planas, Sr. Maestro; y aunque yo no lo entiendo, me parece que mi Candidito va á tener buena pluma.

EL MAESTRO.—Pues vea V. ahora estos dibujos.

LA VIUDA.—Muy bonitos. Estas lomas se conoce que son de las montañas de Santander.

EL MAESTRO.—No señora, son vistas de la Suiza.

LA VIUDA.—¡Ya! de esa tierra de donde vienen los que ponen los cafés.

EL MAESTRO.—De la república modelo: así tienen ellos esas montañas tan hermosas, porque la naturaleza favorece al hombre amante de la libertad.

(1) Este precioso artículo lo hemos tomado de nuestro apreciable colega *La Defensa de la Sociedad*.

LA VIUDA.—Pues mire V., yo he estado en Asturias y en Galicia en tiempos en que no había república, ni nadie la había oído mentar, ni soñaba en ella, como quien dice a yer mañana, y crea usted que, con perdón de los señores suizos, montañas más hermosas que aquellas....! Por eso quisiera yo que mi chico pintara montañas de esas, porque al fin son cosas de España; y como su padre era de por allá... En fin, no sería malo que el muchacho supiera lo bueno que tenemos por acá, y se aficionara á su tierra.

EL MAESTRO.—Es que yo no educo á mis discípulos para que se crean únicamente españoles.

LA VIUDA.—¡Ay, Virgen! ¿Pues quiere V. hacerme suizo á mi Cándido?

EL MAESTRO.—Tampoco; no señora.

LA VIUDA.—No porque yo quiera quitar su crédito á los señores suizos, al contrario: mi marido, que era muy lector, tenía un libro que contaba muchas cosas de ellos; y decía que era una gente muy honrada, y muy valiente: y muy leal, sobre todo, en pagándolos bien. Y que como sin duda esas montañas tan hermosas no les dan para comer, se marchaban á otras tierras, á servir á todos los reyes para ganarse el pan, y que por malo que fuera el rey, ellos le servían muy fielmente. Con que ya ve V. si serán bonachones; y no como estos republicanos de ahora que no pueden ver los reyes, ni en *estauta*: y si no, que se lo pregunten al caballo de bronce de la Plaza Mayor de Madrid. Pero con todo eso, Sr. Maestro, yo sentiría mucho que mi chico se me volviera suizo.

EL MAESTRO.—Repito, señora, que ni lo uno ni lo otro: yo lo que quiero es que sea cosmopolita.

LA VIUDA.—¡Ay! señor de mi alma; pues muchísimo peor.

Porque yo de esos señores *cormos* no sé nada, ni los conozco más que para servirlos; ni tengo oído de más *espolista* que de un primo de mi abuelo, y aunque parece que no le fué muy mal...

EL MAESTRO.—Pero, doña Potenciana, si está V. disparatando: cosmopolita llamamos ahora al hombre que se tiene por hijo de la gran familia humana, llama su patria á todo el planeta, ama como hermanos á los hombres de todos los países, y no se considera español, ni francés, ni griego, ni da la preferencia á un país cualquiera por la casualidad de haber nacido en él.

LA VIUDA.—Pero es el caso que mi Cándido no ha nacido en España por casualidad, sino porque sus padres, y sus abuelos, y toda su generación por los cuatro costados han sido españoles; sangre española corre por sus venas; el aire de España ha respirado siempre; con agua de España le cristianaron, y de España es el pan que le alimenta, y españoles han rodeado su cuna siempre, y en español ha aprendido á rezar, con que ¿cómo quiere usted que esta tierra no sea su patria, y lo vaya á ser esa planeta que V. dice, cuando ni el muchacho, ni nadie de su casta, que yo sepa, ha puesto jamás los piés en ninguna planeta? Y no porque yo niegue que esa planeta que V. dice sea mejor que la Coruña, donde nació el chico, ó que Betanzos, de donde era su padre, ó en fin, que Mazarambroz, donde yo soy nacida y criada; pero á cada cual debe tirarle su tierra.

EL MAESTRO.—Bien, señora, V. no me entiende, y sería muy largo el dar más explicaciones. El caso es que V. ha venido de vuelta de su viaje, en primer lugar á traerme un regalo que yo estimo mucho...

LA VIUDA.—¡Ay, señor! ¡No se hable de eso: no hay más sino que los pollos están engordados con salvado, y trigo, y el mazapan lo ha hecho mi hermana que tiene unas manos....!

EL MAESTRO.—Repito que lo agradezco; y como además quiere V. informarse de los adelantos de su hijo, le he enseñado á usted sus planas, sus dibujos, y ahora que supongo que ya habrá acabado de merendar, voy á llamarle y sufrirá un breve exámen en presencia de V.—¡A ver! ¡Cándido Sada! *(llamando)*.

CÁNDIDO *(sabiendo)*.—Mande V., Sr. Maestro... ¡Hola, mamá!

LA VIUDA *(con acompañamiento de abrazos y besucones)*.—¡Hijo de mi alma!... ¡Y qué hermoso está! Dios le bendiga.

EL MAESTRO.—Vamos á ver, Sada: su madre de V. quiere medir por sí misma la altura á que se halla el nivel de los conocimientos de su hijo. Repasemos brevemente los puntos culminantes de las materias que hemos recorrido en la marcha de nuestros estudios.—Dígame V. ¿qué es Naturaleza?

CÁND. *(en tono de papagayo)*.—El conjunto de... de... de... hombres... hombres...

LA VIUDA *(apuntando)*...—Mujeres...

CÁND.—De hombres, animales, plantas, y seres inorgánicos, que... que...

LA VIUDA.—...Que Dios crió...

CÁND. *(sin hacer caso)*.—Inorgánicos que hieren nuestros sentidos, y de las leyes que gobiernan sus... sus... sus movimientos y transformaciones.

EL MAESTRO.—¿Y cómo se llama el elemento constitutivo de todo cuanto existe en el mundo?

CÁND.—Materia.

LA VIUDA.—Y que es mucha verdad! Que todo en este pícaro mundo no es más que materia y podredumbre. Digo, sin que esto sea negar que hay también mucho bueno, ni que falten buenas almas.

CÁND.—Mamá, si dice el Sr. Maestro que no hay almas.

LA VIUDA.—Calla, niño, ¿cómo ha de decir semejante disparate? Pues si tu no tuvieras alma ¿cómo habías de aprender? ¿Ni cómo habías de querer á tu madre? Y sobre todo, ¿qué esperanzas habías de tener de irte al cielo despues de esta pícara vida?—Dígame V., Sr. Maestro, ¿es eso verdad, que V. les enseña que no hay alma?

EL MAESTRO.—Yo, señora, enseño lo que sé. Yo sé que para que Cándido aprenda, no necesita de eso que V. llama el alma.

LA VIUDA.—Pues dime, hijo, ¿con qué aprendes tú la lección? ¿con los codos ó con los tobillos?

CÁND.—No, señora, con el entendimiento, con la memoria, con la voluntad; que son...

LA VIUDA.—Pues; las tres potencias del alma.

CÁND. *(continuando en su entonacion de papagayo)*.—Que son unas secreciones del cerebro...

LA VIUDA.—¡Del cerebro!

EL MAESTRO.—De los sesos, para que V. lo entienda.

LA VIUDA.—Ya lo había entendido; pero entonces, los carneros y los burros, y los topes, que también tienen sesos, podrán aprender todas esas *fisologías*, y hasta ser maestros de escuela.

EL MAESTRO.—¿Y quién duda que también los animales aprenden? Aunque no como nosotros, porque nuestra organización es más perfecta.

LA VIUDA.—Pues véle ahí V.; porque nosotros tenemos un alma racional para conocer á Dios y salvarnos. Mire V. como un perro sabio, que los he visto yo, que hasta jugaban al dominó, y disparaban un fusil, todo menos conocer al Dios que los crió. Y sobre todo de mi no logrará V. que le diga a esta criatura, en lugar de «hijo de mi alma», hijo de mis sesos.

EL MAESTRO.—Pero, señora, ¿V. ha visto alguna vez algún alma?

LA VIUDA.—¡Ay, señor! la mía no la veo; pero la siento, y nadie me convencerá de que no tengo yo acá dentro una cosa interior que soy yo misma; porque, mire V., cuando yo estoy acá cavilando, ó encomendándome á Dios y á la Virgen, ó recordando mis penas, crea V. que no me acuerdo de si tengo manos, ni piés, ni cabeza siquiera; y puedo jurarle á V. que ni lo siento. Pero si siento muy bien que estoy yo misma allí dentro de mi misma; y que si en aquel momento me quitaran la cabeza y los piés y las manos, y hasta las asaduras, todavía me quedaba yo, y á esto llamo yo mi alma, y esta es la que pido á Dios que lleve á su santa gloria; y no los sesos, ni esas *discreciones* que ustedes dicen.

EL MAESTRO.—Señora mía, todo eso es pura ignorancia.

LA VIUDA.—Será lo que V. quiera; pero no disputemos; y hágame V. el favor de preguntarle al chico algo de la doctrina.

EL MAESTRO.—¿De qué doctrina?

LA VIUDA.—¡Toma! De la doctrina cristiana: ¿pues hay otra?

CÁND.—Mamá, aquí no damos eso; y los chicos se rieron mucho de mí cuando traje el Catecismo.

LA VIUDA.—Si tienen otro libro mejor, yo no sé de eso; ¡aunque otro P. Ripalda!...

EL MAESTRO.—Aquí, señora se enseña la moral; por la cual aprende el joven á ser útil á sí mismo y á sus semejantes; á ser hombre honrado, buen ciudadano...

CAND.—Sr. Maestro ¿Y qué quiere decir ciudadano, si hemos de ser cosmopolitas?

EL MAESTRO (*algo perplejo*).—Eso... ya lo aprenderás más adelante. Pues, como digo, la moral da reglas al hombre para ser buen padre de familia...

CAND.—¿Y quién es el padre de la familia humana?

LA VIUDA.—Del género humano, se dice, muchacho. ¿Pues quién ha de ser, sino Dios nuestro Señor, que á todos nos crió? Con qué, vamos, ya voy entendiendo que eso que ustedes llaman ahora la morera...

EL MAESTRO.—La moral, señora.

LA VIUDA.—Yo le diré á V.: como en casa de mi padre criábamos gusanos de seda, y unas veces les dábamos hojas de morera y otras de moral.

EL MAESTRO.—Esta es otra moral.

LA VIUDA.—Pues si ya estoy al cabo de la calle: eso es lo mismo que antiguamente se llamaba el credo (ó los artículos de la fé) y los mandamientos. De manera que con un par de hojas del P. Ripalda que se aprendan los muchachos bien aprendidas, crea V. que, en rigor, ya saben cuanto tiene que saber un hombre para ser bueno. Y si se convencieran luego de que el Señor tiene prometida la gloria á los que practiquen las virtudes, y por eso las llama el catecismo *las bienaventuranzas*, crea V. que no se verían más que santos y santas por esas calles.

EL MAESTRO.—Con todas esas pamplinas está la sociedad bien corrompida.

LA VIUDA.—¡Ay, Señor! Pamplinas le llama V. al amar á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á nosotros mismos? ¿Pues si esto se practicara!

EL MAESTRO.—¡Dios, Dios! Con pensar en Dios y en ese otro mundo, descuidan Vds. este, y así anda ello.

LA VIUDA.—Muy equivocado está V.: y el mismo P. Ripaldn lo dice: que el hombre «no puede ser justo ni salvarse *con fé sola*; que además ha de tener caridad y hacer buenas obras.»

EL MAESTRO.—Siempre están Vds. hablando de caridad, y los ricos explotan á los pobres, y...

LA VIUDA.—El que lo haga no es cristiano: y los que con pretexto de que son pobres, roban, y matan, y queman, y destrozan, y hacen más daño que todos los diablos del infierno ¿harían tales cosas si en la escuela los hubieran metido bien en la cabeza la doctrina del Evangelio, que hasta aconseja á amar á nuestros enemigos y á hacer bien á quien nos haga mal?

EL MAESTRO.—¡Buenas y gordas!

LA VIUDA.—¡Y tan gordas! ¡Ay, señor! ¿qué gordas las estamos viendo en estos pícaros tiempos! Pero como yo no quiero que mi hijo se crie sin religion, en este instante me le llevo á mi casa: allí no aprenderá á ser *cormo* ni *espolista*, ni se me volverá de esos suizos republicanos que se van á defender por el dinero á todos los reyes. Defenderá al nuestro, cuando le haya, y si nó, defenderá á España, que es su patria, sin necesidad de irse á reinos extranjeros como ese de la planeta á donde V. me le queria llevar, que Dios sabe si será peor que Marruecos y que los Estados-Unidos.

EL MAESTRO.—Basta, señora, no me sofoque V.: cuanto antes se lleve V. á su hijo, mejor para mí. Vaya V., Sr. Sada; vaya usted á recojer su ropa, y lárguese con su señora madre.

(*Váse Candidito*).—Una vez que V. quiere embrutecer á su hijo, no me opongo.

LA VIUDA.—Yo no sé lo que V. llama embrutecer; pero si no aprende esas *madremáticas* y *geromagrias* que Vds. enseñan, aprenderá lo que he dicho antes: á amar á Dios y al prójimo; á no matar ni quitar la honra á nadie; á no tomar lo que no sea suyo, ni siquiera codiciar los bienes ajenos; de manera que poco le importará que otros sean ricos, y hasta partirá con los más pobres lo que tenga en su casa ó lo que gane con su trabajo. Francamente, Sr. Maestro: si todos hicieran esto ¿tendrían mucho que hacer los jueces y los tribunales? Habría *un policia* en cada esquina, y una cárcel en cada pueblo, y un presidio cada veinte leguas? ¿Y precisamente la doctrina que hace á los hombres buenos es la que no quieren Vds. enseñar en la escuela!

EL MAESTRO.—Pero, señora, no sea V. terca; ya le he dicho que yo enseño á mis discípulos á ser justos y benéficos.

LA VIUDA.—Por Dios y por la Virgen ¿cómo han de serlo, no siendo cristianos? ¿Cómo quiere V. que un hombre deje de hacer cuanto le dé la gana, y de entregarse á sus pasiones, si no cree que hay un Dios que premia y castiga? ¿Cómo no han de estar sacando la navaja á cada paso los vengativos, si no creen que Dios niega su perdon al que á otro no perdona? ¿Ve V. esos que andan quemando las mieses, y los olivares, y los cortijos, y las fabricas; y esos otros que se van á robar en grande con navíos y con cañones? Pues esos lo hacen porque están creídos que no hay quien los castigue. ¿Lo harían si en la escuela les hubieran puesto en el corazon el santo temor de Dios, que *sin falencia* premia y castiga en la otra vida?

(EL MAESTRO, *va á responder, pero se suspende oyendo dentro un grande estrépito de voces, llantos, imprecaciones, y hasta blasfemias.*—

¡Dáme lo mio, ladron!

—¿Yo ladron? Toma.

—¡Ay! ¡Ay!

—¡Déjale!

—¡Mátale!

—¡Ay, Ay! Sr. Maestrooo!!...

(Salen al fin una porcion de muchachos en peloton, dándose de cachetes, entre ellos Candidito, desgarrado, arañado, y sangrando por las narices.)

LA VIUDA.—¡Hijo de mis entrañas! ¿Qué te pasa?

CAND.—Sr. Maestro, *miusté* á Contreras que me ha robado los botones de oro, y porque le dije que me los diera, lo que me ha dado, ha sido una cachetina. ¡Ay! ¡ay! ¡ay! (*llorando*).

LA VIUDA.—Esto es una picardía... ¿Y V. consiente!...

EL MAESTRO (*con tono severo*).—¿Qué desórden es este? ¿Quién le ha pegado?

CONTRERAS.—Yo, porque me ha llamado ladron.

CAND.—Como que me ha robado; y además me ha dicho aristócrata.

CONTRERAS.—Pues digo bien: ¿Para qué se nos viene aquí con botones de oro, y cadenas de acero?

LA VIUDA.—Porque son suyos: y lo que mi hijo gasta no le debe nada á nadie.

UN CHIQUIRRITIN.—Miuté señó maéto, y Cardevila tambien le ha pegao y le ha llamao «monaguillo, *morigato*».

CAPDEVILA.—Pues ya se vé que es *mogigato*; siempre nos está amenazando con que Dios nos ha de castigar.

LA VIUDA.—Y tiene remuchísima razon.

EL MAESTRO.—¿Vé V., señora, las consecuencias de enseñar que hay un Dios que es un verdugo?

LA VIUDA.—¿Y V. no vé las consecuencias de no enseñar que hay un Dios supremo juez?

EL MAESTRO.—Contreras, devuelva V. lo que ha quitado.

CONTRERAS.—¡Yo! ¡Primero me borraría el nombre! ¿No nos ha dicho V. muchas veces que todos los bienes deben ser comunes? ¿Por qué ha de tener él botones majos y yo nó?

EL MAESTRO (*enfurecido*).—Haga V. lo que le mando ó le rompo el alma.

VARIOS MUCHACHOS (*riéndose*).—¡El alma! ¡el alma! ¡Y dice que no tenemos alma.

CAPDEVILA.—Tambien el maestro quiere echársela de tirano.

MUCHAS VOCES.—Muera el tirano. (*El tirano comienza á repartir pescozones.*—*Contreras, Capdevila, y otros grandullones se amotinan y empiezan á disparar proyectiles contra el preceptor, la Viuda y el Candidito escapan.*—*Entra de repente un quidam, sable en mano.*)

CONTRERAS.—Padre, padre, que me pegan.

QUIDAM.—¿Quién es el bribon...?

EL MAESTRO.—Yo, que no quiero que en mi casa se robe á nadie.

CONTRERAS.—¿Pues no decia V. que todos los bienes deben ser comunes?

CAPDEVILA (*con ironía y gran sorna*).—Pero hombre, ¿no ves que mata Dios, como decia el otro monago?

EL QUIDAM.—¡Pero: charrascas! (1) ¿qué ha habido aquí?

EL MAESTRO.—Un desórden que yo quiero remediar con el castigo conveniente.

(1) El lector suplirá cualquiera otra exclamacion, si esta no le parece bien.

EL QUIDAM.—Pues yo no le he entregado á V. á mi hijo para que le castigue, que no es ningun esclavo.

M.—¿Y si me falta?

Q.—Mas que falte.

M.—¿Y si me pega?

Q.—Mas que pegue: hace muy bien.

Cono de muchachos (acompañado de palmoteo.)—¡Bravo! ¡Bravo!  
(Empiezan á llover tinteros sobre el tirano: éste se defiende á silletazos; el quidam esgrime el chafarote...)

CAE EL TELON.

ANTONIO M. SEGOVIA.

## CASCABELES

Mi vecino don Gil  
espera que le lleven el fusil;  
y en seguida, perdiéndose de vista,  
se irá con el ejército carlista.

*Habrán casos bonitos  
en cuanto se repartan fusilitos.*

Muy bien representa la señorita Mendoza Tenorio el bellísimo papel de la protagonista de *Crisólida y mariposa*. Esta jóven actriz es una gran esperanza para el teatro español.

Mario está muy bien en la misma obra; verdad es que Mario está bien siempre en todas las obras.

Se quiere hacer creer que los premios obtenidos en la lotería de la Habana sufren un descuento de 50 por 100 para hacerlos efectivos.—No es cierto.—Los premios se pagan mitad en metálico, y mitad en billetes del Banco de la Habana; de suerte, que solo hay algun descuento en el cambio de los billetes, pero nunca es la pérdida que se quiere suponer.

Lo que yo quisiera sería que me tocara el premio grande.

No hagan Vds. caso á los que dicen que no se cobran los premios; jueguen Vds., y si les cae, verán Vds. como cobran y qué bien les sabe.

Bobalicon hay que ha creído que lo que EL CASCABEL va á hacer es declararse ministerial de Carvajal y Pedregal.

Para eso sería preciso que EL CASCABEL hubiese perdido el sentido comun.

No, señores, no es eso lo que va á hacer EL CASCABEL. Ya verán Vds. lo que va á hacer.

Me ha hecho gracia eso de que se ha enviado un buque á Tánger á proteger á los españoles que hay en Marruecos, en la eventualidad de que allí haya conflictos.

De suerte que los españoles pacíficos, para que nos proteja nuestro saleroso Gobierno, necesitamos irnos á Marruecos.

Ya me lo habia figurado yo.

No tenga cuidado el Gobierno, que los moritos no harán nunca tantas barbaridades como han hecho en Alcoy y Cartagena los federalitos de por acá.

El último número de *Los Niños* contiene cinco preciosas viñetas, y las siguientes materias: *Los fósforos*.—*El pájaro azul*.—*El violín maravilloso*.—*Sufrir para gozar*.—*Músicos célebres*.

Ningun regalo de ferias es tan útil para los niños como la

suscripcion á esta elegante publicacion premiada en la Exposicion de Viena.

Ya tengo yo curiosidad por saber qué es lo que va á hacer EL CASCABEL dentro de poco.

Los periódicos que no demos gusto al Gobierno absoluto, digo, republicano funeral, digo, federal, estamos amenazados de multa que no podrá exceder, siempre es un consuelo, de 1.000 duros, y de supresion, y de causa criminal.

Con que señores, chiton,  
que si mucho se le apura  
va á poner, se me figura,  
Castelar la Inquisicion.

Hay quien cree que lo que va á hacer EL CASCABEL es morir.

Más están los tiempos para eso que para vivir; pero no, señores, EL CASCABEL no piensa en morir, sino en hacer lo que pronto verán Vds.

Todo pasa en este mundo.

Y por esto pasó la gloria del galante empresario de las sillas del Prado. *La Correspondencia* no pondera ya su amabilidad, galantería y deseo de ser agradable al público... que se sienta.

Pronto, pronto verán Vds. lo que hace EL CASCABEL.

No sé que tiene en la cabeza Anton,  
que dice su mujer, Juana Lozano,  
que si le hacen al fin ser miliciano,  
no le ha de venir bien ningun morrion.

*La milicia forzosa  
es para los maridos peligrosa.*

Algunos lectores de EL CASCABEL preguntan:

¿Será que EL CASCABEL se haga carlista ó cantonista?...

No, señores, lo que hará pronto EL CASCABEL Vds. lo han de ver.

Con brillantísimo éxito han comenzado las representaciones en el teatro de la Zarzuela. La señorita Uriondo, que se ha presentado por primera vez en la zarzuela *Un estudiante en Salamanca* ha sido muy bien recibida por el público, que vé en ella una artista inteligentísima y que promete brillar mucho en el género lírico-dramático. La señorita Franco, ya conocida, adelanta notablemente, y en la citada zarzuela ha representado su simpático papel con singular donaire. La música de la citada zarzuela es bellísima, digna de la buena reputacion del maestro Oudrid.

El gran calaveron don Juan Jalea  
que le hagan miliciano ya desea,  
que así tendrá pretexto, segun dice,  
para correrla en grande; y su mujer  
que es por demás celosa ¡la infelice!  
tendrá así que creer

que su marido se halla de servicio,  
mientras él se consagra libre al vicio.

*La milicia forzosa  
para algunos maridos es gran cosa.*



Siento no poder decir á Vds. todavía lo que va á hacer EL CASCABEL, pero ya lo verán Vds.



En gran peligro veo á los periódicos carlistas desde que se ha publicado el decretito liberal y federal.

Esto será para aficionarlos á la libertad, por aquello de que cuando más se estiman las cosas es cuando se pierden.



A *La Verdad* le han arrimado una multa de 3,000 pesetas. ¡Caracoles! dijo la princesa, pues si á *La Verdad* la multan, ¿qué harán con los demás periódicos?

Me escamo.



El *Ico de España* publicó el otro día un artículo de *Toros* que le valió una reprensión del Sr. de Perfumo.

Rasgos de esta naturaleza no necesitan comentarios.



Ahora ya no se puede defender en los periódicos ni á D. Alfonso ni á D. Carlos.

Tiene razon el Gobierno.

Se debe defender á la república, que es verdaderamente la que necesita más defensa. Digo, me parece, y que no sirva esto de incomodidad.



¿No han hablado Vds. estos dias con Pí?... ¿No? Lo digo porque será de oír lo que dirá Pí al ver el camino que toma la república?..

Ni el mismo Proudhon le podrá consolar.



Recomendamos, especialmente á las madres de familia, el nuevo colegio español-francés de señoritas que en la calle del Prado, núm. 15, piso 4.º, acaba de abrir la señorita Doña Sofía Vicenta Arche, hija del malogrado compositor de música Don Luis. Con toda confianza pueden las madres confiar sus hijas á la directora del nuevo colegio, seguras de que serán bien educadas.

Los diferentes ramos que abraza este establecimiento están á cargo de celosos y reputados profesores.

La directora considera las sagradas máximas de la religion como firme base sobre la que descansan los principios de un verdadero bienestar; por lo tanto, atenderá con el mayor esmero á que sus educandas se instruyan en aquellas, desarrollando al par sus facultades intelectuales con las demás tareas que son el complemento de una perfecta y sólida educacion.

Los honorarios de las diferentes clases de que se compone, son los siguientes:

	REALES.
Por toda clase de labores y lectura, al mes.....	30
Por la clase de escritura, incluyendo gramática, aritmética, sistema métrico-decimal, historia y geografía.....	10
Por la de francés.....	30
Por la de música y piano.....	40
Por la de dibujo.....	30
Internas.....	10 diarios.

Periódicamente se dará cuenta á los padres, por medio de un estado, de la aplicacion y aprovechamiento de las educandas, á fin de que las familias tengan conocimiento de sus adelantos:

se tendrá presente la mayor imparcialidad al redactar los mencionados estados.



Recibí la circular del ciudadano Perfumo, y ya por ella presumo que poco se puede hablar.

Puntito en boca y chiton, ya en el silencio me sumo, que no quiero que Perfumo vaya á romperme un alon.



El teatro de la Representacion nacional se ha cerrado. Me alegro; los representantes lo hacian malditísimamente. Las patronas están inconsolables, y en los cafés ha disminuido bastante el consumo de tostadas de abajo.



Creo yo que los actuales hermanos de la Cruz Roja deben estar exentos de ser milicianos, y me parece que la Asociacion debe gestionar para que así lo acuerde el Gobierno.



Ya me he comprado el fusil para ser miliciano forzoso. Me ha costado 5 rs. en la feria y se carga con garbanzos. Con él prestaré mi desinteresado apoyo al Gobierno.



Al Sr. Pedregal, ministro de Hacienda, le ofrecen dinero no sé qué capitalistas.

Yo tambien tomaria dinero de ese modo, pagándolo luego el país.

Háganme Vds. proposiciones.

### ULTIMA HORA.

Como las recientes disposiciones sobre la prensa son tan severas, cuidaremos mucho de dar noticias de la guerra con prudencia para no exponernos á un percance.

Hé aquí las que tenemos hoy:

—Parece que los carlistas andan todos hácia adelante; no es esto decir que adelanten, sino que andan como acostumbran las personas.

—El jefe carlista Saballs almorzó el jueves último huevos con tomate.

—Los carlistas van en distintas direcciones. Tambien los radicales y unionistas están ya en distintas direcciones, nombrados por el Gobierno republicano.

—El Pretendiente se pone las botas. Nos creemos autorizados á dar esta noticia que nadie se atreverá á desmentir.

—Los 1.000 caballos que dijo el Sr. Rios Rosas que habian comprado los carlistas en Hungría van á presentarse amaestrados en el Circo de Price. Será una verdadera solemnidad ecuestre.

—Los carlistas han entrado en Elorrio y se han llevado consigo todos los pollos de la poblacion.

—Hay fundado motivo para creer que D. Carlos escribirá de un dia á otro al Gobierno manifestando que, viendo planteado en gran parte su sistema en la gobernacion del Estado, se retirará de la lucha armada, y vendrá á Madrid á dedicarse, al amparo de la república, á hacer tarjetas al minuto.

—La milicia forzosa está poseida del mayor entusiasmo. En Madrid reina extraordinaria animacion en el vecindario de 20 á 45 años. Hasta las mujeres quieren movilizarse.

## LAS ESTRELLAS DEL SERRANO

LEYENDA ORIGINAL

DE

MANUEL M. CABALLERO DE RODAS

(Continuación)

En Negros quiso nuestro amigo Alvaro, por calmar las penas que al parecer devoraban á su libertador Perakh, á quien había tomado un cariño fraternal, quiso, decimos, hacer que esplayase en el suyo su pecho. No lo logró, escuchó sí, protestas de gratitud por la solicitud de que era objeto y por librarse de sus solicitudes, ó porque de ello tenía ánimo, cerró la plática, asegurando al serrano que todo lo sabía, pero que aun no era tiempo: que además á la conclusion de aquel viaje tenía que conferenciar con él acerca de su ulterior destino. Alvaro no insistió más y separóse del javanés, estrechándole tiernamente las manos, asegurándole de su eterno cariño y de estar dispuesto á hacer por él cuanto estuviese en su mano. El rapaz lloró, y no es extraño, que si las lágrimas vertidas por pechos fuertes, no solo no desdoran, sino que delatan un corazón leal y generoso, más fáciles son aun en los ojos de un adolescente y de las condiciones de nuestro amigo de la Malasia.

A los veintinueve días de aquel extraño viaje, el 27 de Junio, dió vista el panco á la isla de Cebú ó Zebú, como algunos escriben, donde en el fuerte ondeaba la bandera española, que fué saludada con gran júbilo por los españoles, como aconteció siempre y aun suele acontecer hoy que debía estar plegada de vergüenza, despues que antes la han afrentado. ¡Dios quiera que en las hermosas riberas donde la plantó el génio de Magallanes y la afirmó la perseverancia y la cordura de Legaspi, no se pliegue un día ante un pabellon extranjero!

Al atracar al *pantalan* ó muelle de tablas la embarcacion que conducía á nuestros amigos, vieron que había en la orilla gran golpe de gente, indios y españoles, atraídos por la curiosidad, y mucho más siendo de notar el más pequeño acontecimiento en todo el país nuevo.

Entre los curiosos había algunos de los tripulantes y soldados del *Santiago*, que recibieron á sus antiguos compañeros de navegacion con los brazos abiertos, teniendo á milagro el verlos vivos, y deplorando el forzado abandono del que tan mal trecho quedó en poder de los lusos. Las preguntas y respuestas se mezclaron de tal manera que no había medio de entenderse. Al fin Alvaro levantó la voz y dijo:

—Amigos, decidnos por de pronto dónde hemos de posar nosotros cuatro y estos tres malayos que con nosotros vienen, y allí tendremos el lugar necesario para saber las nuevas que tanto anhelamos. Perakh, hazme la gracia de decir á estos del panco que se provean por mi cuenta de lo necesario, y que no se partan hasta verme, que quiero mostrarme reconocido á ellos, contando con los buenos oficios de los mis amigos que acá moran, y con lo que de mi pertenencia pueda haber á bordo de la nao.

—No te cuides de nada, tuán, que por ahora yo proveeré.

Perakh habló á aquellos hombres, y á una indicacion del contramaestre del *Santiago*, que estaba en el grupo, emprendieron la marcha. No habían andado cuarenta pasos, cuando vieron ir hacia ellos otro grupo, á cuyo frente iban el bueno del capitán Bermudez y el señor Tirso del Campo. En aquel momento callaron todas las prevenciones. Los dos abrazaron á Alvaro y Alonso, y todos repartieron con profusion buenos apretones de manos.

—Señores, dijo Bermudez, lo primero es buscar una cámara por estrecha que sea, para posar, y más tarde vendrá lo demás. No está lejos mi nao desventurada. Os convidó con ella, tal como es.

—Yo pienso, añadió el milite, que estos amigos vendrán sobrados de agua y de menceos sobre ella y pueden venir á mi alojamiento que les ofrezco con mil amores. El no está muy

bien aderezado, pero es holgado. Seis lo ocupamos y lugar bien había para otros tantos.

—Muy obligados os quedamos á entrambos; mas hablando en puridad, algo pesan las razones del capitán Campo, tanto más cuanto que aun no nos hallamos en nuestro pristicio estado y como hay que hacer tierra, algo nos había de fatigar el ir y venir. Esto no quita para que mañana ó esotro y despues de ver á su merced del señor adelantado, nos juntemos á bordo cuantos quedamos de los infortunios pasados y bebamos un trago de lo caro á la salud de nuestro amigo carísimo el señor Andrés, el cual, entretanto puede estar en nuestra compañía, con la vènia del Sr. Tirso.

Así habló Alvaro y todos convinieron, partiendo juntos hacia la morada ofrecida. Perakh y los dos suyos quedaban detrás confundidos entre la gente menuda; pero advertido por el serrano, fué en su busca y llevó de la mano al mancebo presentándole á la nueva compañía con estas palabras:

—Aquí veis, camaradas, á un infantillo de quien Dios ha querido hacer una maravilla de ingenio, de travesura, de aliento y de lealtad. El ha curado nuestros cuerpos mejor y más pronto que hubieran hecho todos los maestros del arte habidos y por haber, él nos ha libertado del cautiverio en que aun yaceríamos, á saber por cuánto tiempo, él ha protegido nuestro raro y peligroso viaje.

Todos, admirándose al ver los pocos años del rapaz y no menos del brillo de sus ojos y de lo perfecto de su tipo, apresuráronse á estrecharle la mano, colocándolo en medio de los principales del grupo, llegando en esta disposicion al *camarin* ó barraca donde debían posar, dividido en varios compartimientos.

Tomada una abundante refaccion, el capitán Tirso llamó aparte á Alvaro del Retamar y Alonso del Moral y comenzó diciendo:

—Compañeros, en hidalgos pechos no cabe felonía, ni es propio de corazones alentados hacer alardes de constancia en lo que es fútil y baladí, aparte el daño que se puede causar, ya á un hombre honrado y valiente, ya á una doncella desvalida y apenada. Asaz conocisteis vos que me escucháis que yo escarbaba en redor de la hermosa Beatriz de Toro, no embargante que apercibido me había de que al señor Alonso aquí presente no parecían mal los hechizos de la castellana. Imagineme que sus sentimientos y los míos corrian parejas y no me pareció que hacía desaguizado en competir con él. Tristes acaecimientos me hicieron conocer que yo no era precisamente el escogido en el bien querer de la huérfana y aunque dábamos por perdido á este hidalgo en la refriega que conocíamos, ni yo me había de prevaler de la ventaja de campear solo, ni aquella era materia dispuesta á seguir el viento de la fortuna, dado que, con su recato y todo, muy mucho ha semejado en su continente y gestos y procederes á la viuda más prendada de la memoria del que fué. Desde el punto y hora en que tal conocí y aun antes por lo que llevo dicho, cesé mis ímpetus y desde entónces, no he sido para ella más que un hidalgo respetuoso de sus grandes penas, de su fino querer y de su constancia. Ella mora con otras mujeres de porte en la casa del muy honrado Adelantado de estas partes el señor Miguel Lopez de Legaspi y tengo para mi que á esta hora está enterado de vuestra liberacion y venida, y que muy grande será su regocijo. Caballeros, el capitán Tirso del Campo á nada ni á ninguno tiene temor, más tampoco cede á ninguno cuando se trata de lealtad y de franqueza.

Alonso del Moral, tan honrado y noble como el que más, se echó en brazos de su antiguo rival jurándole amistad eterna y lo mismo Alvaro. Los tres conversaron un rato y entraron á donde estaba el resto de la compañía, prometiéndose al siguiente día bien cedo pasar á rendir homenaje al Adelantado, á los otros cabos que con él había y á las damas y damiselas que allí moraban.

Pero las pláticas aparte no habían finalizado por aquel día. Ya la mayor parte de la gente estaba recogida á las diez de la noche y disponíase el resto á tomar necesario reposo, cuando el garzon de Java, nuestro amigo, suplicó á Alvaro que se apartase con él un trecho y bajo los árboles que sombreaban el *camarin*.

Se entabló entre ambos curioso diálogo á que dió comienzo el mancebito de esta manera:

—Ya estás libre entre los tuyos, tuan Alvaro y como entre ellos me encuentro igualmente, precisa que quede fija ahora mi situacion.

—¿Tu situacion, mi caro Perakh? Tu situacion es la del amigo á quien tanto debo, á quien tanto amo, no obstante la diferencia de edades y razas, y á quien nunca en mi vida podré pagar.....

—Detente, señor, y permite que te diga que por lo mismo que conozco tu leal corazon, voy á proponerte mis propósitos. Tú no sabes la historia de mi vida ni la de los míos; pero sí que soy de casa, entre nosotros tan alta y tan noble como la de los rajahs de las islas que se estienden desde el país de los sundas hasta Lugson. Pero mi casa de Mataram, antiguo reino de Modjopahit, todo el antiguo reino con sus *Panguerans* (1) independientes, son hoy del extranjero, y yo, con esos dos que me acompañan, cautivo era de los orang-portugueses, hasta que, libertándote y á los tuyos de sus garras, me he libertado yo, cosa que hubiera hecho mas tarde, por razones que yo me sé y que tú sabrás algun dia. El caso es que era cautivo y cautivo y esclavo quiero ser; pero esclavo tuyo mientras tú estés en estos paises que, segun he entendido, no seré mucho, porque te llaman á la otra banda el amor á la tierra y.....

Aquí se interrumpió sollozando el rapaz, quedándole embargada la voz. Alvaro le dijo:

—¿Por qué te detienes, amigo? Aunque bien mirado, más vale que así lo hagas, que lo que acabas de decir honda pena me causó. ¿Tú mi esclavo? ¿Estas loco, Perakh? Por fuerza tu cabeza está á estas horas trastornada. ¿Me estimas como creo? Pues no vuelvas á repetir tus palabras ni á imaginarlas tan solo. Mi amigo, mí inseparable mientras por acá me tenga la suerte y si cuando me parta para España quieres seguirme ya que barrunto que las memorias de lo pasado y tu falta de casa y familia tanto te apesadumbran, en nada me darás mas gusto en el mundo. Podrán acompañarnos los excelentes muchachos Ngoro y Deraio y lo que sea de uno será de los cuatro. Pobre soy en mi tierra, mas rico en esperanzas que cuento ver realizadas con la ayuda de Dios y de mi buena estrella.

Esta última palabra la pronunció al borde de la tierra con una entonacion que no pasó desapercibida para su listo interlocutor, porque ese nombre de *estrella* bien sabia lo que significaba desde las conversaciones habidas en los ócios y el abandono de la navegacion en el panco. No obstante, dominándose cuanto pudo, replicó:

—Sea como quieras, tuan. Eres bueno y casi lo siento. Pero dejemos correr el tiempo que el tiempo corriendo muchas cosas verás explicadas que ahora extrañas te parecen. Mientras tú, que has venido en busca de aventuras, aquí no te han de faltar, ni todo han de ser flores, que por estas tierras hay riesgos de parte de los hombres, con quienes á veces se andará á las puñadas, de parte de los animales y de parte del cielo y de la tierra. Yo sé muy bien que eres animoso en demasía, cuenta, empero, conmigo siempre, que podré serte útil. Acá no se habla mi lengua, mas una que se le semeja. Ngoro y Deraio no se apartarán nunca de tu lado, como criados y como soldados: ellos tienen sus crises; no hay más que proveerlos de saetas, que no las lanzarán en balde.

—Gracias, compañero, gracias. Atente á lo que te he dicho y ahora vente conmigo, que voy á presentarme al Adelantado y á los otros cabos y á presentarte á tí, que holgaran de conocer á quien tan discreta y valientemente nos han sacado de las garras de esos marranos de la fusta.

Con esto, juntándose con los demás recién llegados, el capitán Campo y el arraz Bermudez, encamináronse á la posada del gobernador.

#### CAPITULO XI.

##### EL ARCHIPIÉLAGO DE SAN LÁZARO.

El discreto Miguel Lopez de Legaspi era un hombre de edad proecta y el más propio por sus condiciones de carácter para llevar á cabo la grande empresa que se le habia confiado.

(1) Principes.

Recibió afablemente á nuestra gente, informándose de todos los pormenores de su captura, fuga del poder de los portugueses y viaje en el panco.

A todo satisficieron cumplidamente y á la conclusion de aquella conferencia, dijo el Adelantado:

—Creo, señores, que es ventura para estas tierras de que se ha tomado posesion en nombre de España y de nuestro rey (Dios le guarde), la llegada de gente tal como vuestras mercedes, y tengo para mí que en lo de adelante me sereis de grande utilidad. Todavía no hemos hecho más que comenzar, porque me han faltado hombres y además me encuentro asaz embarazado, no solo por el arreglo de los intereses de estas partes, sino y principalmente por causa de las correrias y desmanes de los bárbaros de esas islas que nos caen al Sur, y, lo que es peor, por el mal querer de nuestros vecinos los portugueses del Malucco. Pero Dios mediante, todo se irá componiendo y en tanto que se adereza una expedicion que voy á mandar á la grande isla que está al Septentrion y que es la mayor de todo el archipiélago de San Lázaro ó Filipinas, no faltará que hacer en esta Nueva Castilla para hombres de buena voluntad tales como los que me escuchan.

—Ya sabe el señor Adelantado, contestó el capitán Tirso del Campo, que acá vinimos con grandes ánimos de servir al rey, y vuesa merced puede disponer de nosotros á todo su talante.

—Si su merced el señor Adelantado y estos hidalgos me dan su licencia, añadió Alvaro del Retamar, diré en mi nombre propio y en el de estos mis camaradas, que anhelamos ocasiones de distinguirnos poniendo muy alto el nombre de España y respondiendo á la confianza que parece mostrar en todos nosotros su merced el señor gobernador. Y ya que hablo, con el acatamiento debido, atreverme hé á recomendar á vuesa merced á este doncel de allá de las partes de Sunda, cuyos sevicios, cuyo aliento, no obstante sus verdes años, y cuya discrecion ya conocen los presentes por la relacion que deantes se hizo.

(Se continuará.)

## LOS NIÑOS

### REVISTA DE EDUCACION Y RECREO

premiada en la exposicion de Viena.

DIRIGIDA POR

DON CÁRLOS FRONTAURA,

ILUSTRADA CON MUCHOS GRABADOS.

Una suscripcion por el tomo 8.º que se está publicando es el mejor regalo de ferias para un niño ó una niña.

La suscripcion por el tomo 8.º cuesta 22 rs. en Madrid y 28 en provincias.

Administracion, Plaza de Matute, 2, Madrid.

### TEATRO INFANTIL.

Contiene tres comedias escritas expresamente para que las representen los niños.

Se titulan: *Una leccion de historia*.—*La Cruz Roja* y *El octavo mandamiento*.

Cada comedia lleva una viñeta.

PRECIO: Una peseta.

Se envia á provincias á quien remita 10 sellos de 10 céntimos.

A quien se suscriba á *Los Niños* por el tomo VIII, que comprenderá desde Julio á Diciembre, y cuesta 22 rs. en Madrid y 28 en provincias, se le regalará el *Teatro infantil*. Dirigirse á la administracion de *Los Niños*, Plaza de Matute, 2.

MADRID.—1873

IMPRESA DE EL CASCABEL Y COSAS DEL AÑO

Calle del Sid, número 4 (Recoletos)